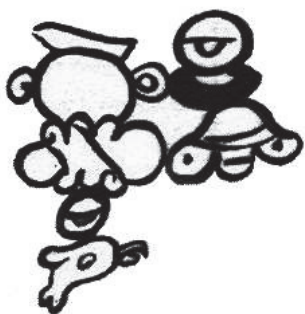


Como Trotsky pronto lo supo, la transparencia no puede llegar muy lejos

Rodric Braithwaite

Roderic Braithwaite es autor de *Afgantsy: The Russians in Afghanistan 1979-89* (Profile, 2011), fue embajador de la Gran Bretaña en Moscú entre 1988 y 1992. Este artículo apareció en *Financial Times* el 4 de diciembre de 2010. Traducción de Antonio Saborit.



MIENTRAS ESTUVE en la embajada en Moscú supuse que la KGB podía escuchar mis conversaciones y que las personas con las que hablaba tenían la sensatez de pensar lo mismo. Por lo mismo, limitaba lo que decía. La KGB ya sabía con quién hablaba yo, pues ése era su trabajo. No importaba mucho si también sabían lo que yo informaba a Londres, o si recogían los comentarios poco favorecedores sobre sus dirigentes y sus políticas. Si se husmea a la gente, alguna vez se llegarán a escuchar cosas que no gustan.

Así que a pesar de la agitación y los comentarios —no todos ellos sensatos— el tsunami de revelaciones provenientes de WikiLeaks necesita verse en perspectiva.

En primer lugar, en cuanto al mecanismo de la filtración, el material se bajó presuntamente de un sitio del Pentágono que se suponía seguro, al que un gran número de personas tenía acceso. De ser así, se trata de una falla técnica penosa. El trabajo de los gobiernos es mantener en secreto sus secretos. No sorprende que los estadounidenses en este momento lleven a cabo una pesquisa desesperada. Irónicamente, ellos son las víctimas de sus propios éxitos. Antes del 9/11 cada una de las agencias de inteligencia de Estados Unidos tenía su propia red confidencial. La incapacidad para compartir información entre estas agencias fue una de las razones por las cuales no se atrapó a los perpetradores, antes de que destruyeran las Torres Gemelas. Desde entonces, tanto en Londres como en Washington los sistemas de información se han integrado y como resultado de eso la habilidad de los gobiernos para atacar a los terroristas ha mejorado mucho.

En segundo lugar, muy poco de lo filtrado tiene la clasificación oficial de “secreto”. Se trata de informes sobre charlas entre diplomáticos y contactos extranjeros, juicios sobre la política local y recomendaciones sobre política. En buena medida es perceptivo y está bien escrito. Es contundente donde tiene que serlo. No tiene nada de misterioso o de glamoroso. Es la materia prima de la diplomacia. Se dirá que muy poco de este material se puede obtener escudriñando en Internet o leyendo noticias. A pesar de las ilusiones de los propios políticos, no se pueden sustituir las llamadas telefónicas personales entre los grandes dirigentes. El conocimiento local y el juicio profesional hechos para enfrentar las necesidades de quienes elaboran las políticas en casa son la esencia de los reportes diplomáticos. Sin ellos, los gobiernos andarían a ciegas en sus tratos con los extranjeros y en sus empeños por formular una política exterior.

Aunque este material no sea muy secreto, no significa que no deba conservarse en privado. “Secreto” es algo que se quiere mantener seguro de los gobiernos extranjeros: cosas como operaciones de inteligencia y proyectos militares secretos, por las cuales darían un ojo las agencias de inteligencia hostiles. Hay formas de asegurar que todo eso permanezca en secreto. Ponerlas en una base de datos, no lo es.

Los materiales marcados como “confidenciales” (la materia en los cables de Estados Unidos) no necesitan ese tipo de protección. Pero si se hacen públicos, los contactos entenderían que no se tiene la capacidad para proteger sus confidencias. Estarán menos dispuestos a charlar con uno. Algunos tal vez corran el riesgo de ser asediados o algo peor. Será más difícil para los diplomáticos realizar su trabajo.

“Secreto” es algo que se quiere mantener seguro de los gobiernos extranjeros: cosas como operaciones de inteligencia y proyectos militares secretos, por las cuales darían un ojo las agencias de inteligencia hostiles. Hay formas de asegurar que todo eso permanezca en secreto. Ponerlas en una base de datos, no lo es.

Cuando los bolcheviques triunfaron en Rusia en 1917, el nuevo comisario de Asuntos Exteriores, Leon Trotsky, abrió los archivos y declaró que había terminado la era de la diplomacia secreta.

Acaso también cambie el contexto político. Un informe filtrado puede generar una tormenta mediática que exponga al gobierno ante una oposición en casa de tal magnitud que no pueda continuar con una política sensata. Otra filtración, sobre la vida privada de un gobernante extranjero, puede llevarlo a enfurecer a tal grado que lo haga pensar dos veces respecto a su actitud ante el gobierno.

El gobierno necesita operar dentro de una atmósfera con cierto grado de confianza, la cual se busca en los negocios y en los asuntos privados. No necesitamos que nuestros gobernantes se preocupen más sobre las filtraciones, que en realizar la política exacta.

Esto no quiere decir que la conducta de los asuntos públicos no deba ser transparente. Por el contrario, debe estar sujeta a la atención crítica más cercana. La transparencia es un contrapeso esencial ante el abuso, ya sea de parte del gobierno, de los banqueros o de hecho de las grandes organizaciones mediáticas. Nadie debe estar exento.

De modo que no es muy bueno para los gobiernos insistir en que los periodistas deben ser “responsables”, o que los periodistas insistan en que “el público tiene derecho a saber”. Puede ser que no se resuelva el conflicto de intereses entre la necesidad del gobierno por una discreción razonable y la necesidad del público por el conocimiento suficiente, con el fin de llamar a cuentas a esos gobiernos. Así hay que manejarlo.

Los péndulos van y vienen. La actual manía por revelar los secretos de gobierno llegó todo lo lejos que podía y se ha convertido en una obsesión lasciva. El movimiento inverso del péndulo se verá limitado por la apertura inherente de la tecnología moderna. Habrá más filtraciones y más momentos embarazosos. Los que realicen las filtraciones seguirán reclamando para ellos una estatura de héroes. Los diplomáticos seguirán enviando informes, acaso con mayor cautela. Los gobiernos tendrán que seguir negociando entre ellos. WikiLeaks pudo haber sido una sensación. Pero una vez que se asiente el terregal, la vida ha de seguir comparativamente igual.

Cuando los bolcheviques triunfaron en Rusia en 1917, el nuevo comisario de Asuntos Exteriores, Leon Trotsky, abrió los archivos y declaró que había terminado la era de la diplomacia secreta. El presidente Woodrow Wilson dijo más o menos lo mismo. En poco tiempo los archivos se volvieron a cerrar y los rusos y los estadounidenses habían vuelto a sus viejos recursos. No eran los malos viejos recursos. Son los únicos recursos que hay para llevar a cabo las cosas de una manera sensata.